

The logo consists of the letters 'A', 'X', and 'A' in a stylized, sans-serif font. The 'X' is a vibrant purple color, while the 'A's are black. The 'X' is positioned between the two 'A's, with its top and bottom strokes extending slightly beyond the vertical bars of the 'A's.

UNA REVISTA DE ARTE Y ARQUITECTURA

**Jaime de Hoz**

La conservación del Patrimonio histórico  
y su contribución al desarrollo  
social y económico

**UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO**

Villanueva de la Cañada, MMIX



© del texto: Jaime de Hoz Onrubia

marzo de 2009

<https://www.uax.es/publicaciones/axa>

© de la edición: *AxA. Una revista de arte y arquitectura*

Universidad Alfonso X el Sabio

28691 - Villanueva de la Cañada (Madrid)

**Editor:** Isabel de Cárdenas Maestre - [axa@uax.es](mailto:axa@uax.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este artículo ni su almacenamiento o transmisión, ya sea electrónico, químico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin permiso previo por escrito de la revista.



## LA CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO HISTÓRICO Y SU CONTRIBUCIÓN AL DESARROLLO SOCIAL Y ECONÓMICO

Jaime de Hoz

*Profesor de la Universidad Alfonso X el Sabio (Villanueva de la Cañada, Madrid)*

*Centro de Investigación de Arquitectura Tradicional – CIAT (UPM)*

Posiblemente la primera vez en que se toma conciencia, desde los ámbitos públicos y políticos, de la necesidad de conservar y recuperar el Patrimonio histórico expresado por los monumentos antiguos fue cuando el papa Martín V restaura la sede pontificia en Roma. Ya en 1309 Clemente V, el francés Bertrand de Got, había trasladado el trono papal a Aviñón, lo cual supuso una tragedia para la capital del Lacio, cayendo muchos de sus monumentos en el abandono y en el olvido, tanto los antiguos como los levantados a finales del Imperio, en época ya cristiana, o durante los primeros siglos de la Edad Media. La restauración de la Santa Sede en Roma en 1377 no fue sino un espejismo, pues el enfrentamiento en el seno de la Iglesia dará lugar a la coexistencia de dos papas, Clemente VII y Urbano VI, cada cual con su propia ubicación y por ello con dos sedes diferentes. Esta debacle institucional católica, conocida como “Gran Cisma de Occidente”, durará cuarenta largos años, desde 1377 hasta 1417. En 1421 el nuevo papa Martín V reunifica y logra conciliar ambas corrientes enfrentadas y restablece de la Santa Sede en Roma, a pesar de la controversia llevada a cabo por el español Pedro Martínez de Luna (Benedicto XIII). Para entonces la ciudad del Tíber no era sino un despojo de su glorioso pasado, con lo que el nuevo pontífice apuesta por una reposición de los templos y de buena parte de su Patrimonio cultural y cristiano, abordando un restablecimiento del tejido urbano romano y llevando a cabo el primer Renacimiento cultural del siglo XV, que se iniciará en 1425 con la reposición del pavimento de San Juan de Letrán, si bien empleando para ello materiales procedentes



de los antiguos monumentos paganos. Es la época de la irrupción histórica de las primeras grandes figuras de la arquitectura clásica de la Edad Moderna: Filippo Brunelleschi, Leon-Battista Alberti, Raffaele Sanzio... La situación de la ciudad nos la muestra Poggio Bracciolini a mediados de dicha centuria en su *Ruinarum descriptio urbis Romae*.

Comenzarán las reconstrucciones histórico-topográficas que tendrán continuidad con los siguientes papas. De este modo Eugenio IV, cuyo pontificado se extiende entre los años 1431 y 1447, ordena y promueve la liberación del Panteón, desmontando los añadidos y las construcciones adosadas que lo habían ido sumergiendo y ahogando en aquellos siglos. Se toman también entonces las primeras medidas para impedir que el expolio de los antiguos edificios continúe, dándose así inicio a la Roma instaurata. Acaso más importancia que la mera concienciación de la conservación de los monumentos, objetos ahora tanto de idolatría como de recuerdo de la pretérita grandeza de Roma, será su estudio para que sirvan así de ejemplo y modelo en una nueva arquitectura que trata de rescribir el lenguaje clásico y adaptarlo a los nuevos tiempos. Nicolás V encargará a L. B. Alberti la realización del plano topográfico de Roma (*Descriptio Urbis Romae*) y la conservación de los principales monumentos de la Antigüedad. A pesar de todo, las nuevas obras de arquitectura seguirán empleando como principal cantera los viejos edificios romanos y así la extracción de piezas del Coliseo, del Circo Máximo y del Foro continuará durante esta época.

Pío II proclamará en 1462 la bula *Cum Almam Nostram Urbem* con el fin de conservar la dignidad y el esplendor que aún quedaba en Roma, contemplando incluso la imposición de multas en caso de contravenir sus dictados. Pese a ello las obras del Vaticano y de la basílica de San Pedro se seguirán haciendo esencialmente con materiales procedentes de los monumentos antiguos. Son tiempos complejos, difícilmente entendibles desde una óptica contemporánea, pero lo cierto es que a una de arena sigue otra de cal y así Pablo II (1464-1471) abordará la restauración del arco de Septimio Severo, el ubicado en el Foro, de la columna Trajana y del Coliseo,



reparaciones que se hacen a la vez que se sigue expoliando el propio anfiteatro Flavio para construir el palacio Venecia, futuro albergue de las colecciones de arte antiguo. La restauración del arco de Tito, llevada a cabo durante el pontificado de Sixto IV, entre 1471 y 1484, fue otro de los hitos importantes, dado que consistió en su “liberación” y en su consolidación, primera de las actuaciones de cualquier intervención conservadora y acción previa a cualquier restauración. Se dictaron también desde ese momento unas reglas de expropiación de monumentos, lo cual no dejaba de ser otra novedosa iniciativa, y se proclamó un edicto contra la exportación de obras de arte, a pesar de lo cual la carta *Cum Provida Sanctorum* de 1474 supuso una restricción de la bula de Pío II para permitir la modernización de Roma.

Toda esta labor tuvo continuación en las primera décadas del siglo XVI con nuevas actuaciones y una renovación del espíritu protector del patrimonio romano, a un tiempo que se seguían creando nuevos testimonios de una renovada arquitectura de la mano de Bramante, Sangallo o Miguel Ángel. En 1516, por orden de León X, Rafael será nombrado prefecto de la nueva fábrica de San Pedro y comisario de las antigüedades de Roma, redactando su famosa “Carta” al papa León X acerca de la conservación de los monumentos clásicos y del plano de Roma y en la cual se lamenta del estado de abandono de los restos antiguos, critica la dejación de las autoridades y explica la necesidad de preservar los monumentos antiguos por ser modelo para el presente. Todos estos logros serán bruscamente detenidos con el “Saco de Roma” de 1527. Sea como fuere, Roma había sentado las bases para convertirse en un referente fundamental para muchas otras ciudades históricas y monumentales y la conservación de su Patrimonio se convirtió en una de sus más importantes señas de identidad, objetivo del estudio de cualquier arquitecto, artista o intelectual que en el siglo XVI se preciase de ser mínimamente ilustrado, para lo cual viajar a la Ciudad Eterna era, más que un placer, una necesidad.

Al iniciarse el siglo XVIII, empujados por los logros científicos del siglo anterior y por las ideas kantianas y cartesianas, la pasión por el pasado y su exaltación se transformarán en un verdadero amor por las ruinas y por las antigüedades. En el año



1711 el descubrimiento de la emblemática ciudad romana de Herculano supondrá en cierto modo la inauguración de la Arqueología como disciplina científica. Las excavaciones en el Palatino de 1729 o de la Villa Adriana de 1734 no harán sino acentuar estas ansias por revelar el conocimiento de la Antigüedad. En 1750 el diletante Marqués de Marigny hace un viaje de estudios por Italia al que le acompaña el arquitecto Jacques-Germain Soufflot. Cuando se hallaban en Nápoles alguien les logra convencer de que se acercasen a ver los restos de Paestum, en donde sus ancianos templos dóricos perpetuaban el recuerdo de que aquél fue otrora territorio de la Magna Grecia. Soufflot hizo el levantamiento de los antaños edificios y su divulgación en Francia revolucionará la concepción del clasicismo arquitectónico. La publicación en 1764 de la *Historia del Arte en la Antigüedad* de J. J. Winckelmann abrirá las puertas a un nuevo período: el Neoclasicismo.

Las reintegraciones científicas y críticas de los monumentos históricos van a ser desde entonces ya un hecho que presidirá la política de las numerosas intervenciones realizadas sobre monumentos medievales. Desde el s. XVII numerosos remates y revestimientos barrocos se habían realizado en multitud de iglesias, superponiéndose a las tracerías originales, como en las catedrales españolas de León, Valencia, Murcia, Santiago, Burgo de Osma, Toledo, Pamplona o en Santa María la Mayor de Roma, Santa María in Cosmedin, la Santa Cruz de Jerusalén... La idealización de la conservación medieval que presidió gran parte del siglo XIX provocará la terminación “neogótica” en numerosos edificios de Inglaterra, como la fachada del transepto sur de la abadía de Westminster, ejecutada por el propio Christopher Wren. Precisamente será en aquel país en donde podamos ver el prelude de la restauración estilística decimonónica de la mano de James Wyatt. También en Francia se abordaban ese tipo actuaciones “goticistas”, como en la Santa Cruz de Orleans, terminada idealmente en este estilo, o en España, con la conclusión decimonónica de la fachada principal de la catedral de Barcelona o la restauración en un gótico fabuloso y afrancesado del incendiado alcázar de Segovia.

Un hecho trascendental en la historia, que abrió una nueva era a la que llamamos “Edad Contemporánea”, fue la Revolución Francesa de 1789. Los desmanes contra las propiedades de la Iglesia, de la monarquía y de la nobleza durante el período postrevolucionario no se hicieron esperar, por lo que las nuevas autoridades de la Convención Nacional se vieron en la necesidad de proclamar un decreto al respecto en 1794 que representó, en realidad, el principio de conservación de los monumentos, en un intento claro de revitalización de su forma y de su significado. Las autoridades se encontraron con un ingente patrimonio procedente, sobre todo, de la denostada aristocracia que hubieron de proteger. Entre tanto se utilizaba frecuentemente la Antigüedad como modelo para la nueva Francia republicana, que tuvo como consecuencia, igualmente, la creación del Museo Nacional de las Artes. El nacimiento de esta nueva era se verá presidido por la atención a los modelos republicanos de Roma y la idealización de la democracia griega. La restauración de monumentos romanos y atenienses en los años siguientes no es, pues, una casualidad. A todo ello hemos de unir, paralelamente, la aparición del espíritu romántico, que exaltaba el pasado y lo idealizaba.

Se consideró la recomposición del edificio desde sus partes originales o desde su reproducción, con la pertinente investigación arqueológica, intuyendo las formas originales y trazando una recomposición ideal. A estos criterios se sumaron otros nuevos como el de la “anastilosis”, o reintegración de los elementos caídos devolviéndolos a su disposición supuestamente original. Todo ello sirvió, fundamentalmente, para detener los expolios, iniciándose un nuevo período en la observación de los monumentos del pasado.

El que se considera, no obstante, como acto fundacional de la restauración moderna fue la recuperación del arco de Tito, llevado a cabo entre 1819 y 1821 por Giuseppe Valadier y Raffaele Stern. A este acontecimiento le habían precedido otros tan trascendentales como aquél, como fue la restauración del Coliseo romano, con una primera intervención, en 1807, en la que se procedió a la consolidación de su lado este mediante la realización de un muro de ladrillo en talud que ideó Stern. La segunda



intervención en el anfiteatro Flavio, realizada en 1826, consistió en el apuntalamiento del anillo exterior y su consolidación con ladrillo y travertino. Aquí se practicó una novedosa técnica restauradora: la distinción de los añadidos de las partes originales. Valadier fue, en este caso, el principal protagonista de esta segunda actuación sobre el famoso monumento romano.

La liberación y la reposición del arco de Constantino o las restauraciones en Sicilia serán nuevos hitos, así como la reconstrucción del templo de Atenea-Niké en la Acrópolis de Atenas, dirigida por Ludwig Ross en 1836. El empleo de la técnica de la anastilosis se mostró aquí ciertamente dificultosa, pues recuperar las piezas desperdigadas del edificio que presidía el acceso a la Acrópolis se convirtió casi en una labor detectivesca y su reposición en algo así como la resolución de un complejo rompecabezas, pues el edículo había sido convertido tiempo atrás por los turcos en un bastión defensivo para proteger la ciudad. Desmanes semejantes se habían realizado en época otomana con el Erecteón, convertido, entre otras cosas, en residencia y harén, o en el propio Partenón, utilizado como polvorín y volado por los aires por la artillería veneciana en el siglo XVII.

A pesar de todo, la disparidad de criterios empleados en las restauraciones fue grande, desde la finalización de obras inacabadas en estilo ideal, como el gótico prístino con que se transformó la catedral de Milán o el supuesto paleocristiano de San Pablo Extramuros, hasta reposiciones más o menos acertadas. No obstante la Restauración en Estilo impulsada por el gran teórico francés Eugène-Emmanuel Viollet-Le-Duc, quien viviera entre 1814 y 1879, fue la más característica del siglo XIX. El Romanticismo, con su ansiada añoranza del pasado medieval, y el nacionalismo francés, con su búsqueda de un estilo arquitectónico nacional, habían sido importantes acicates para las tesis violletianas. El reconocimiento del valor documental histórico del monumento y la ya comentada protección legislativa del Patrimonio en Francia también ayudaron mucho en sus pretensiones al famoso arquitecto medievalista. Incluso sus tesis contaron con un antecedente moral: el Edicto de León



XII del 18 de septiembre de 1825 para promover la restauración de San Pablo Extramuros, considerado como un verdadero “manifiesto” del *Restauro Stilistico*:

«Ninguna innovación ha de ser introducida en las formas y en las proporciones arquitectónicas y ninguna en el ornamento del nuevo edificio si no es para excluir lo que en épocas posteriores a su primitiva fundación fue introducida por los caprichos del momento»

Podemos entender, pues, que con Viollet tuvo lugar la primera teoría orgánica sobre la restauración arquitectónica, que buscaba la reintegración del conjunto del edificio mediante la implantación de unos de modelos ideales, primigenios, pero siempre presididos por la racionalización y la idea de unidad de estilo, base de sus criterios restauradores.

La unidad formal aportaba coherencia estilística entre los distintos elementos arquitectónicos de un edificio. También se empleó el método filológico, es decir: la reconstrucción plena a partir de un fragmento mediante la analogía crítica como principal hipótesis teórica. Una de las más destacadas aportaciones de la filosofía violletiana fue la de “ponerse en lugar del arquitecto original y actuar como él lo haría”, lo cual no deja de ser una hipótesis pragmática de gran interés conceptual, aunque muy arriesgada. Esta escuela de restauradores arquitectónicos empleaba modernas técnicas para sus actuaciones, perfeccionando así las fórmulas constructivas del pasado y mejorando ostensiblemente sus resultados, por lo que fueron acusados, no sin razón, de realizar “falsos históricos”. Viollet-le-Duc intervino en la iglesia de Nuestra Señora de Vezelay, en la catedral de Amiens, en Saint Sernin de Toulouse, en Nôtre Damme de París..., pero sobre todo ahora queremos destacar dos de sus intervenciones: la reconstrucción y recomposición del castillo de Pierrefonds y de la muralla de Carcasona.

Carcasona era, mediado el siglo XIX, una población en franca decadencia. Famosa por su muralla medieval y por su conjunto histórico, la degradación había causado estragos en sus monumentos. Durante el período napoleónico se había modificado y transformado su entorno medieval, configurado básicamente en el siglo

XIII. El deterioro de su entramado urbano era paralelo a su degradación social. Tras las actuaciones restauradoras de Viollet en su muralla toda la ciudad comenzó poco a poco a resucitar y así sus otros monumentos, como su castillo del siglo XII, su antigua catedral románica dedicada a San Nazario o la gótica de San Miguel fueron poco a poco restauradas y todo el conjunto comenzó a vivir un proceso de metamorfosis similar hasta convertirse en una ciudad renovada también social y económicamente, donde el turismo se convirtió en una de sus industrias punteras. En 1997 la UNESCO incluyó esta localidad en la lista de las ciudades patrimonio de la humanidad. Hoy en día cuenta con más de cuarenta mil habitantes y una población joven.

Algo similar sucedió con Pierrefonts, cuya población rodeaba la mota sobre la que se alzaba el otrora magnífico recinto defensivo y que era entonces paradigma del abandono y de la desolación. La mayoría de sus cubiertas habían cedido y la humedad había penetrado entre sus muros, produciendo el derrumbe de varios paños y daños ostensibles en toda la estructura. El proyecto de restauración que hizo Viollet-le-Duc fue polémico desde el primer momento, pues ciertamente recreaba más una ilusión, un castillo de cuento de hadas, que una arquitectura castrense, prescindiendo de datos que hubiesen podido certificar mejor la realidad original que lo generó. No obstante, por encima de cuestiones de crítica restaurativa, no sólo el edificio sino todo el pueblo pareció resucitar tras la restauración de su más destacado monumento y aún hoy sigue siendo un lugar próspero.

A pesar de las numerosas objeciones hechas a la obra de E. Viollet-le-Duc, Paul Abadie y sus continuadores y acólitos y de las en apariencia evidentes opiniones contrarias a sus métodos nadie duda de que fueron vanguardistas exponentes de una cada vez más proclamada necesidad: la conservación y la recuperación del maltratado Patrimonio europeo. En 1931 se celebró en Atenas el Primer Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos. La indudable carencia de una legislación adecuada, a pesar de los antecedentes a los que ya hemos aludido, así como la falta de criterio y de uniformidad a la hora de proceder, estuvo en el espíritu



de los especialistas reunidos en la capital griega. Abogaron por la cooperación internacional, el intercambio de experiencias y el apoyo a los valores patrimoniales, así como por la necesidad de protección de los monumentos y conservación de la ruina, proponiendo la anastilosis como el método restaurador más apropiado, así como la necesidad de un estudio previo para poder intervenir con garantías. Se rechazaron los métodos violetianos y se defendieron las tesis propuestas por Camillo Boito a finales del siglo XIX. Otro de los puntos esenciales indicados por la Carta de Atenas, como se conoció al documento conclusivo de la citada reunión, fue la propuesta de colaboración entre especialistas procedentes de diversos ámbitos del conocimiento (historiadores, documentalistas, arqueólogos, químicos, aparejadores, arquitectos...), así como la exposición de nuevas técnicas de consolidación como mejor forma de intervenir en los monumentos sin perjudicar su veracidad histórica.

El Segundo Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos se celebró en Venecia en 1964, una vez superadas las secuelas de la Segunda Guerra Mundial. Así surgirá el segundo de los documentos internacionales sobre la conservación del Patrimonio histórico. En la *Carta de Venecia* se proponía al monumento como un esencial testigo de la historia, por lo que se reconocía la necesidad de unas pautas universales para su conservación, entendiendo que todos los monumentos eran legado de la humanidad y su cuidado la responsabilidad de todos, por encima de las naciones y de los condicionamientos políticos, religiosos o culturales. El cuidado permanente de todo monumento era conveniente por su utilidad social y por ser reflejo de la historia de cada pueblo y parte de su idiosincrasia. Se proponía, por ello, que las restauraciones tuviesen siempre un carácter excepcional, quedasen libres de hipótesis que evitasen las falsificaciones históricas y exigían el estudio arqueológico e histórico, predominando siempre la conservación de la diacronía, de la evolución del tiempo plasmada en los muros, por encima de una engañosa unidad de estilo, no siempre abarcable. Se seguía insistiendo en la anastilosis como método más apropiado, diferenciando claramente entre los materiales nuevos de restauración y consolidación y los originales.

Una especial concienciación con el Patrimonio europeo llegó en 1975 con la “Carta europea del patrimonio arquitectónico”, más conocida como *Carta de Ámsterdam*, que tendrá su continuación con la *Carta de Granada* de 1985, nacida en el seno de la Convención para la salvaguardia del patrimonio arquitectónico de Europa. La primera reconoce por primera vez la importancia de los “edificios menores”, aquellos de menor monumentalidad pero de igual valor histórico y patrimonial, como la arquitectura industrial, la popular, etcétera, así como la necesaria protección y rehabilitación de los cascos históricos y de las áreas rurales. Se insistía en que el Patrimonio arquitectónico era un valor cultural, social, espiritual y económico necesario para la sociedad y la mayoría de los pueblos y ciudades de Europa y se reconocía que el Patrimonio significaba también una fuente importante de ingresos. La educación y formación eran las claves de la concienciación social con el mismo y el equilibrio del entorno era la mejor manera de llevar a cabo una conservación integrada.

Al año siguiente de la reunión de Granada, en 1986, Toledo fue sede de una importante reunión en la que se estudió la posible ampliación de la conservación del Patrimonio a todo un ámbito urbano, naciendo de este modo la “Carta internacional para la conservación de las ciudades históricas”. La conservación de cascos históricos y de los barrios históricos tenía que aparecer recogida en los Planeamientos Urbanos y en las Ordenaciones territoriales. La implicación institucional y de la población, la educación y la concienciación desde la escuela se convertían ahora en claves para entender la necesidad de conservar los bienes culturales. Aparte de los métodos e instrumentos propuestos, como el estudio pluridisciplinar, la selección y jerarquía para decidir entre la plena conservación o la conservación parcial, así como la necesidad de un mantenimiento permanente, éstos se completaban con una exposición sobre la necesidad de crear las infraestructuras necesarias, una circulación reglamentada y el respeto por la ordenación espacial en los edificios nuevos para así mantener la armonía de volúmenes con respecto a los anteriores. Todo ello no haría sino producir una mejora del hábitat.



Italia, el país con un mayor Patrimonio histórico, junto con España, de todo el mundo, entendió rápidamente su privilegiada situación. El hecho de encabezar el turismo internacional produjo una rápida concienciación social y política y pronto se fomentaron los métodos restauradores y se propusieron fórmulas y modelos conservativos y restauradores. Las *Cartas del restauro* de 1932 y 1972, promovidas por el *Instituto Centrale del Restauro*, así como las de *Gubbio* sobre Centros históricos de 1960 y 1990 o la *Carta para la conservación y restauración de los objetos de arte y cultura* de 1987 han supuesto importantes referentes en todo el orbe sobre cómo proceder y cómo hacer que el respeto del Patrimonio y de la Historia se conviertan en un importante modo de vida para numerosas personas e incluso para ciudades enteras, hoy modelos dignos de ser seguidos por nosotros tanto para conseguir rentabilizar un buen turismo cultural, mucho mejor en cualquier caso que el meramente de sol y playa, como para reforzar nuestra propia idiosincrasia y recuperar nuestra verdadera memoria histórica, tan maltratada desde hace décadas por deplorables intereses ajenos a la verdadera consideración de las gentes.

La propia ONU ha venido tomando en las últimas décadas las riendas del problema del Patrimonio mundial y a través de su organismo ICOMOS lucha por extender los logros realizados en este terreno en el mundo desarrollado hacia los demás países. La *Carta de Méjico* de 1999, o “Carta internacional sobre turismo cultural”, nació en el seno de la Decimosegunda Asamblea General de ICOMOS. Se proclamó, nuevamente, la universalidad del Patrimonio cultural, pero también del Patrimonio natural y de la importancia del paisaje. Tan relevante para las sociedades como su Patrimonio arquitectónico será su biodiversidad. La conservación de sus tradiciones pasadas y presentes y de la memoria colectiva revertirán en notorios beneficios para las poblaciones, siempre y cuando se atienda convenientemente la gestión del Patrimonio y se lleve a la práctica tal interacción dinámica entre turismo y Patrimonio, lo que permitirá, a través de una gestión adecuada, la generación de fondos y la creación de una industria sostenible, involucrando a la población autóctona, incluso teniendo una especial atención a los pueblos indígenas.



Dentro de los principios propuestos se instaba, con especial insistencia, a una Gestión sostenible: no degradar, conservar la autenticidad y proporcionar programas de evaluación continua del impacto. Para ello se proponía la utilización, preferentemente, de los materiales tradicionales de cada lugar y de la atención a los estilos de la arquitectura local y a sus hábitos vernáculos. Desarrollar itinerarios especiales para evitar la degradación, respetar cada contexto, religioso, cultural, etc., y proporcionar confortabilidad y seguridad al visitante permitiría el crecimiento turístico y con él la mejora de la economía, lo que posibilitaría una mejor distribución, más equitativa, de los beneficios generados por el turismo: educación, formación y empleo. Para ello se habrán de crear los pertinentes programas educativos, la formación de intérpretes y guías, así como de legisladores, planificadores, arquitectos, conservadores... Un punto esencial de la *Carta* aludía al respeto de la autenticidad y la necesaria protección y cuidado del entorno, evitando su degradación a causa de un excesivo número de visitantes, de la destrucción de recursos naturales, de la deforestación o de la construcción incontrolada.

Cuando ya el siglo XX tocaba a su fin, y con él el segundo milenio, Cracovia fue el lugar elegido para proponer el documento más extenso redactado hasta hoy y que pretende ser la base de las actuaciones futuras en el campo del amparo y la salvaguardia del Patrimonio arquitectónico. La *Carta de Cracovia* del año 2000, o “Principios para la conservación y restauración del patrimonio construido”, quiso continuar, de este modo, con las recomendaciones internacionales ya propuestas anteriormente sobre la conservación de los bienes artísticos pero atendiendo a la especial situación de unidad que vive Europa: «las identidades, en un contexto cada vez más amplio, se personalizan y hacen más diversas». Muchos criterios se repiten aquí y se abunda en otros, como en la idea de sostenibilidad y de intervención crítica. No obstante, se propone la necesaria relación con el entorno, el territorio y el paisaje en toda actuación que afecte al Patrimonio arqueológico y un principio de mínima intervención que respete la autenticidad e integridad patrimonial, incluyendo los espacios internos, el mobiliario y la decoración de acuerdo con su conformación

original. El proyecto de restauración ha de atender tanto a la historia como al entorno del monumento, que ha de ser protegido con él, contemplando como “un todo” las ciudades y los pueblos históricos, lo cual requerirá de un proceso de planificación integrado: «Los edificios que constituyen las áreas históricas pueden no tener ellos mismos un valor arquitectónico especial, pero deben ser salvaguardados como elementos del conjunto por su unidad orgánica, dimensiones particulares y características técnicas, espaciales, decorativas y cromáticas insustituibles en la unidad orgánica de la ciudad». También se propone emplear la restauración para fomentar y recuperar oficios y artesanías tradicionales, pues es necesario el conocimiento de los materiales tradicionales y de sus antiguas técnicas. En suma: la Carta de Cracovia se ha convertido en un documento necesario para la consulta y la atenta lectura de quien quiera participar en estas labores que tanto nos benefician y contribuyen a una mejor convivencia y a un mayor conocimiento de nosotros mismos, aumentando, sin duda alguna, nuestro nivel de vida, más allá incluso de criterios puramente económicos.

#### BIBLIOGRAFÍA

AROCA HERNÁNDEZ-ROS, R.: “¿Por qué el Patrimonio debe ser conservado?”, en *Cuadernos de Restauración X*, Madrid, Instituto Juan de Herrera-ETSAM, 1998, pp. 3 a 7

BRANDI, C.: *Teoría de la restauración*, Madrid, Alianza Ed., 1988

CAPITEL, A.: *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*, Madrid, Cátedra, 1988

CARBONARA, G.: *Trattato di restauro architettonico*, Turín, utet, 1996

BONELLI, R.: *Scritti sul restauro*, Roma, Bonsignore, 1995

CHOAY, F.: *Alegoría del patrimonio*, Barcelona Gustavo Gili, 2007

FERNÁNDEZ ALBA, A.: “El proyecto moderno de la Arquitectura en los territorios del Patrimonio histórico”, en *Cuadernos de Restauración I*, Madrid, Instituto Juan de Herrera-ETSAM, 1998, pp. 1 a 5

GONZÁLEZ-VARAS, I.: *Conservación de bienes culturales. Teoría, historia, principios y normas*, Madrid, Cátedra, 2000

HERNÁNDEZ LEÓN, J. M.: “La naturaleza de lo antiguo y el impulso restaurador”, en *Cuadernos de Restauración I*, Madrid, Instituto Juan de Herrera-ETSAM, 1998, pp. 6 a 12



DE HOZ, J.: “Documentos para la restauración arquitectónica”, en MALDONADO RAMOS, RIVERA GÁMEZ y VELA COSSÍO, pp. 85 a 65105

MALDONADO RAMOS, L., y VELA COSSÍO, F.: *De Arquitectura y Arqueología*, Madrid, Munilla-Lería, 1998

MALDONADO RAMOS, L., RIVERA GÁMEZ, D., y VELA COSSÍO, F. (eds.): *Los estudios preliminares en la restauración del patrimonio arquitectónico*, Madrid, Mairera, 2005

MARTÍNEZ JUSTICIA, M<sup>a</sup> J.: *Historia y teoría de la conservación y restauración artística*, Madrid, Tecnos, 2001

MUÑOZ COSME, A.: “Todos los caminos conducen a Roma. Turismo y patrimonio en la ciudad”, en *Imafronte* nº 16, 2004, pp. 267-286

\_\_\_\_\_ *La conservación del Patrimonio arquitectónico español*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989

ORDIERES, I.: *Historia de la restauración en España (1835-1936)*, Madrid, ministerio de Cultura, 1995

QUIROSA GARCÍA, M<sup>a</sup> V.: “El nacimiento de la conciencia tutelar. Origen y desarrollo durante el siglo XVIII”, en *Revista Electrónica de Patrimonio Histórico*, e-rph nº 2, junio de 2008

RIVERA GÁMEZ, D.: “La protección del Patrimonio arquitectónico a través de los estudios históricos”, en MALDONADO RAMOS, RIVERA GÁMEZ y VELA COSSÍO, pp. 33 a 65

RIVERA BLANCO, J.: *De varia restauratione. Teoría e historia de la restauración arquitectónica*, Madrid, Abada, 2008

\_\_\_\_\_ (dir.): *Principios de restauración en la Nueva Europa. Conferencia Internacional de Conservación del Patrimonio. The International Conference on Conservation Kraków 2000*, Valladolid, Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León, 2000

SETTE, M<sup>a</sup> P.: *Il restauro in architettura: quadro storico*, Milán, Utet, 2001